



SU SALVADOR
OBSCURO

RENATA GARCÍA

SU SALVADOR OSCURO

RENATA GARCÍA

Su Salvador Oscuro

Él estaba mintiendo. Ella se dio cuenta por la forma en que él cambió su postura, y evitó su mirada. "Por favor," intentó de nuevo, "si la has visto, necesito saberlo. Lleva desaparecida casi un mes y la policía no me va a ayudar". Su garganta se obstruyó y tenía lágrimas en los ojos, lo que hacía más difícil poder hablar.

El hombre suspiró, aclaró su garganta y luego tosió tan fuerte que temía que se le fuera a dañar un pulmón. Marisa dio un pequeño paso hacia atrás, pero no retrocedió demasiado. Ella no quería perder a este tipo. Él era la primera pista real que encontró en la búsqueda de su mejor amiga, Angie.

Angie había desaparecido de repente. Había ido a una cita con un hombre que conoció por internet, y había tomado todas las precauciones correctas. Ella le dijo a Marisa el día en que lo iba a ir a ver, le compartió los detalles del lugar en dónde estarían, quién era él, su perfil en línea y un par de datos adicionales. De esa manera, si llegara a pasar algo inusual, Marisa sabría en donde poder encontrarla. Bueno, algo había pasado. Angie nunca le avisó que tuviera una situación anormal y nunca volvió a casa.

Tan pronto como Marisa se dio cuenta de eso, fue directamente a la policía, pero por supuesto ellos no la ayudaron. Angie era una mujer adulta, y podía hacer lo que quisiera. Era "normal" que las mujeres se salieran o se fueran con los hombres. Esa declaración le había parecido ridícula y Marisa se había reído del oficial. Claramente ellos no sabían nada de Angie, porque ella definitivamente no se comportaría de esa manera. Angie era impulsiva. Era tranquila, racional y feliz. Las mujeres felices no desaparecían de un momento a otro sin ninguna explicación.

Cuando el hombre aún no contestaba, Marisa sacó una segunda hoja de papel. "¿Conoces a este hombre?" Ella mostró la captura de pantalla impresa del perfil de la página de citas. Angie se lo había dado a Marisa antes de haber salido con ese hombre. Eso fue algo bueno porque al no

saber de su amiga, cuando Marisa entró al sitio de citas para buscar al tipo, su perfil también había desaparecido. No había ningún rastro de su perfil. Y tampoco había registro de ningún correo electrónico entre él y Angie.

"Conozco el nombre, pero ese no es él", dijo el tipo, señalando a la foto.

"¿Cómo que no es él?" El corazón de Marisa se aceleró. Tal vez esa era la confusión, tal vez ella finalmente obtendría algunas respuestas.

"Quiero decir que esa no es su foto. Pero su nombre es Jonás." El hombre escupió y se limpió la boca con el reverso de la mano.

Era una foto de perfil falsa. Por supuesto. Ella debería de haberlo sabido. ¿Pero por qué dar una foto falsa y usar un nombre real? Eso no tenía ningún sentido. "¿Sabes en dónde puedo encontrarlo?"

El hombre asintió, se frotó la mano contra su bigote. "Mire, señora, lamento lo de su amiga, pero si se llegó a mezclar con Jonás, es como si ya estuviera muerta. Si eres inteligente, lo dejaras en paz antes de terminar como ella".

El hombre se dio la vuelta para alejarse, pero Marisa le agarró el brazo, deteniéndolo. Se negó a creer que Angie estaba muerta. No era posible. "No, mira. Él le hizo algo a mi amiga, y no voy a parar hasta que la encuentre. Si no me ayudas, le diré a la policía que tú la secuestraste". Marisa puso sus manos sobre sus caderas en señal de desafío, esperando que su mentira le funcionara.

Gruñendo, agitó la cabeza. "Está bien, pero no me digas que no te lo advertí".

Marisa se emocionó y sus esperanzas se desbordaron. ¡Por fin! Alguien iba a decirle en dónde poder encontrar a Angie. Y una vez que la encontrara, Marisa iba a llevarla a casa y decirle lo estúpida que era y cómo no debería volver a tener citas por Internet.

"Prometo mantenerte fuera de todo esto", le contestó Marisa, con una sonrisa en los labios.

"Está bien." Él suspiró. "Jonás y sus... hermanos viven en la costa, en una isla por allí." El hombre señaló hacia una pequeña isla a varios cientos de metros de la costa. Desde donde ella estaba, parecía que había solamente un montón de árboles y nada más. "Sólo se puede llegar en ferry, y no hay otro ferry hasta el día de mañana."

"¡Muchas gracias! ¿Entonces todo lo que tengo que hacer es decirle al conductor del ferry que quiero ir a esa isla?"

Él soltó una risa ronca y agitó la cabeza. "No. Ningún ferry se detiene allí. Van a la isla que está detrás de esa. Tienes que encontrar la manera de trasladarte a esa isla desde donde te dejen".

La frustración se incrementó en su pecho. Eso fue lo peor que escuchó desde que comenzó su investigación hace tres semanas. "¿Es posible que pueda hacerlo nadando? ¿A qué distancia está la otra isla?"

"Supongo si puedes. Siempre y cuando no te atrapen primero los tiburones y las medusas". Contestó.

Marisa quería gritar. Cada vez que pensaba que estaba cerca de encontrar a su amiga, por alguna razón había situaciones que la hacían tomar un par de pasos hacia atrás. "¿Hay algún lugar donde pueda alquilar un barco? De una manera u otra voy a llegar hasta esa maldita isla".

"Puedes rentar uno en el alquiler de botes de Buck. Diles que te envía Gus. Buck te puede llevar, pero tenga cuidado, señorita. Jonás y sus hermanos no son amigables con los extraños."

"Muchas Gracias", dijo ella. "¿Hay algo más que puedas decirme sobre Jonás? ¿Por qué necesito tener cuidado?"

"Ah, no, no puedo." Gus agitó la cabeza. "Ya he dicho demasiado. Te deseo que tengas buena suerte." Se volteó y se fue caminando de prisa antes de que ella pudiera hacer más preguntas.

Marisa dobló el papel del perfil impreso y lo metió en su bolso. Después se dio la vuelta

y se dirigió hacia el hotel. Durante las últimas tres semanas, Marisa había viajado de Nueva York a California, a Costa Rica y ahora se encontraba en Hawaii. Cada parada en el camino la acercaba un paso más a encontrar a Angie. En Costa Rica, Marisa habló con una mujer que juró que había visto a Angie con un hombre. Parecían felices, como si estuvieran enamorados, y la mujer había escuchado a Angie planeando un viaje a Hawaii - lo que llevó a Marisa a esta isla.

Renunciar a encontrar a Angie no era una opción, pero los ahorros de Marisa estaban disminuyendo rápidamente, y no podía seguir tomando tanto tiempo libre de su trabajo. Su jefe ya estaba molesto con ella, y estaba a punto de despedirla. Si esta última pista no funcionaba, ella no sabía lo que iba a hacer. Tendría que volver a casa, a Nueva York. Pero la idea de dejar a Angie abandonada en algún lugar, posiblemente herida y en peligro, no le hacía sentir nada bien a Marisa.

Marisa dio vueltas y vueltas en la cama, incapaz de ponerse lo suficientemente cómoda como para dormirse. Sólo podía pensar en esa isla y en lo que iba a encontrar en ella. Ella sabía que Jonás estaba ahí, y posiblemente también Angie. Pero seguramente iba a haber algo más allí. Ella lo sentía en lo profundo de su corazón. Pero ¿qué era? ¿Y por qué Gus la había advertido tanto? Las preguntas se repetían una y otra vez en su mente, haciendo imposible que conciliara el sueño.

Harta y cansada, se levantó de la cama y sacó su computadora portátil de su bolsa. La encendió y revisó su correo electrónico, esperando que alguien hubiera respondido a uno de sus miles de carteles perdidos o publicaciones en línea que había puesto buscando información sobre Angie. Pero todo lo que tenía eran mensajes en su buzón de correos basura. Marisa cerró su programa de correo y abrió un buscador. Escribió: Isla de Mohalah.

La búsqueda resultó en una entrada de Wikipedia que daba datos geográficos - tamaño, flora, fauna, clima - todos muy poco útiles. Ella regresó y alteró su búsqueda para incluir: Historia y leyendas de la isla de Mohalah. En cuestión de segundos, obtuvo cientos de resultados.

"Whoa." Respiró profundamente y se frotó las manos en la cara. Iba a ser una larga noche investigando todo eso. Preparándose una taza de café, dio clic en el primer resultado y comenzó a leer.

Mientras se desplazaba por la página web, sus ojos se abrieron de par en par. Con una mano temblorosa, dejó el café en el suelo y se acercó a la pantalla, como si eso fuera a alterar lo que estaba leyendo.

"La leyenda cuenta que la isla de Mohalah es el hogar de una especie de inmortales vampiros, que se refugiaron allí después de haber sido cazados hasta casi su extinción hace varios cientos de años. Los espesos y densos bosques protegen a las criaturas de la luz del sol, a la vez que les dan la cobertura necesaria para cazar".

Marisa se sentó y jadeó. "No es posible." Ella agitó la cabeza. No había forma de que los vampiros estuvieran en esa isla. Los vampiros no existían. Eran sólo leyendas urbanas, cuentos de miedo para entretener. Pero...

De una manera extraña, esto tenía mucho sentido. La repentina desaparición de Angie. Su inusual atracción por un hombre que apenas conocía. Los avistamientos de ella. La forma en que pasó de un lugar a otro tan rápido. Si Jonás era un vampiro y mordió a Angie, ¿por qué no habían podido encontrar su cuerpo todavía?

Marisa se golpeó la frente. "Él la convirtió", murmuró ella. Ella cerró abruptamente su laptop y la apartó. ¿Qué le estaba pasando? Tal vez sufría de una grave falta de sueño. O esta búsqueda la estaba haciendo perder la cabeza. Angie, ¿un vampiro? Marisa soltó una carcajada. Eso era absurdo. Lo averiguará de una forma u otra mañana. Iba a llegar a esa isla, encontrar a Jonás y pedirle que le dijera lo que había hecho con Angie.

Carson se paró en el sótano húmedo de la casa de Max, mirando cómo el Maestro caminaba, estaba preocupado frunciendo su cara. Si alguno de ellos envejeciera, Max estaría cubierto de líneas de preocupación y arrugas. En vez de eso, parecía como si estuviera estreñado todo el tiempo. Carson se agarró las manos por la espalda, permaneciendo en silencio y perfectamente quieto para no molestar a su Maestro.

"Jonás". Max gruñó. "Tu insaciable apetito nos está metiendo en problemas."

Jonás inclinó la cabeza y se arrodilló. "Lo siento, amo. Nunca pensé que sería tan problemático".

"¿Dónde está tu nueva adquisición?" Las palabras silbaron de la boca de Max, haciendo que Carson suprimiera un escalofrío.

"Está conmigo". La voz de Jonás contenía una pizca de rebeldía, y Carson respiró profundamente y contuvo su respiración. Si Jonás no tuviera cuidado, su existencia inmortal se detendría.

Max soltó otro gruñido, este más amenazador. Se arrodilló frente a Jonás, tomando la cara del hombre en sus manos. "¿La has tomado como tu compañera?" Max revisó la cara de Jonás. "No me mientas, Jonás..."

"No, amo. No la he tomado como mi compañera. No oficialmente."

Empujando su cara hacia otro lado, Max se puso de pie. "Bueno, debes hacerlo. Ahora mismo. O la tomas como tu pareja, o la matas. Ella se ha convertido en una carga para nuestro estilo de vida". Max volvió a su silla y se sentó, moviendo su muñeca hacia Jonás. "Toma tu decisión, Jonás, o yo la tomaré por ti. Ahora, vete. Sal de mi vista."

Con un reverente asentimiento, Jonás se puso de pie y salió corriendo de la habitación. La

pesada puerta de madera se cerró fuertemente tras él, el sonido haciendo que Carson se estremeciera.

"Carson", gritó Max.

"¿Sí, Maestro?" Carson se adelantó rápidamente. Ser la mano derecha del Maestro era tanto una bendición como una maldición. Era agradable estar en tal posición de poder, pero con ese poder venían muchas expectativas - expectativas que, si no eran atendidas, resultarían en el final de la existencia de Carson.

"La amiga de la mujer aún la está buscando. Ella se encuentra en la isla principal haciendo preguntas, cada vez se acerca más."

Carson se congeló. No había muchas cosas que podían asustarlo, pero la idea de ser expuesto era suficiente para hacerlo temblar de miedo. Él y sus hermanos habían trabajado demasiado durante siglos como para dejar que todo fuera destruido por una mujer entrometida. La sed de sangre y las necesidades sexuales de Jonás los habían puesto a todos en peligro en más de una ocasión. Si Max fuera listo, eliminaría ese riesgo para todos, y también quitaría a Jonás de sus filas. Pero Max había engendrado a Jonás, y Max odiaba estar equivocado, así que no castigaría a Jonás, no como debería ser castigado de todas maneras.

"Encuétrala". Max se puso de pie y golpeó la puerta del otro lado de la habitación. "Y deshazte de ella. Conviértela si es necesario, pero haz que deje de estar haciendo preguntas y buscándonos".

¿Así que otro humano inocente tiene que morir por los errores de Jonás? Pensó Carson para sí mismo, pero no dijo nada porque eso sólo haría que Max enfureciera más. En vez de eso, Carson asintió. "Como desee, Maestro."

"Hazlo antes de que llegue a esta isla el día de mañana", agregó Max cuando una atractiva mujer desnuda entraba por la puerta. Max sonrió, con los dientes al descubierto brillando en la oscuridad de la habitación. "Ahora déjame disfrutar de mi cena."

Carson se fue sin decir una palabra más, los gritos de la mujer se escucharon por la puerta mientras Max le mordía el cuello. Lo último que Carson quería hacer esta noche era perseguir a una humana y matarla o convertirla. Preferiría quedarse en la isla, y disfrutar del buffet deambulando por ahí. Él se tenía que hacer cargo de eso, porque así fue como Max lo decretó, pero Carson iba a tener una pequeña charla con Jonás sobre el comportamiento que había tenido últimamente.

A la mañana siguiente, Carson estaba cerca de la tienda de renta de barcos de Buck, vigilando y esperando a la mujer de la que se suponía que tenía deshacerse. El negocio de Buck era una broma de mal gusto. Nadie en la isla le alquilaba, y el lugar estaba desolado, así que sería muy fácil ver a la mujer cuando llegara. Además, Buck era el único lo suficientemente loco como para llevar a alguien a la isla de Mohalah, y todo el mundo por aquí sabía que no debería de ir a la isla. Excepto por esta mujer, aparentemente.

Carson se movió y se fue hacia la parte trasera del edificio, agradeciendo de que el sol no hubiera salido completamente todavía. Si sus instintos fueran correctos, y siempre lo eran, la mujer querría subir a un bote y a la isla tan pronto como el sol saliera. Y por supuesto, como si fuera lo hubiera adivinado, una mujer alta, delgada y con el pelo largo y negro se acercó de repente a la choza. Caminaba con una postura perfecta, con la cabeza en alto como si nada en el mundo pudiera detenerla.

Ok, es hora de tomar acción, pensó. Salió de donde estaba escondido, y cuando lo hizo, tropezó un momento, sorprendido por su belleza natural. Tenía los ojos azules más puros que había visto. Ella frunció el ceño, y sus cejas se arrugaron, haciéndole sonreír. Ningún humano había sido capaz de hacerle sonreír así sin ninguna razón, pero ella se veía tan adorable.

"¿Eres Buck?", preguntó ella, agarrando y apretando su bolso en su costado.

Carson notó el sutil movimiento de la mano de ella, sus dedos se enroscan alrededor de

algo dentro de su bolso. ¿Un arma? No, ella no le parecía que fuera una mujer que dispara, pero podría ser un cuchillo o un martillo o incluso un teléfono celular. Qué mal informada estaba. Él podía matarla y desaparecer antes de que ella pudiera emitir tan solo un sonido.

"No, no soy Buck." Mantuvo su voz tranquila y equilibrada. Había sido enviado aquí para limpiar el desastre que Jonás había creado, y lo mejor sería mejor que Carson se tomara su tiempo, se ganara su confianza y se deshiciera de ella en silencio. Sin hacer mucho desorden ni alborotos que llamaran la atención.

"Ok, entonces, discúlpame". Ella alzó su barbilla y empezó a caminar para darle la vuelta a su alrededor, pero él se interpuso en su camino, bloqueándola. "Dije, discúlpame", dijo ella, encontrándose con su mirada, desafiándolo.

En ese momento, algo muy dentro de él se agitó, agitó su estómago, apretó su pecho. Si necesitara respirar, probablemente no podría hacerlo en ese momento. ¿Cuál fue este extraño efecto que ella tuvo en él? No lo sabía, pero sea lo que sea, no le gustó nada.

"Buck no está disponible hoy", dijo suavemente. Al llegar al negocio en la madrugada, Carson se había deshecho de Buck. Max probablemente se enfadaría por eso, pero Carson le había hecho un favor a sus hermanos al deshacerse de Buck. El hombre era una sanguijuela, siempre poniéndolos en peligro al traer turistas a la isla.

Una breve mirada de decepción apareció tras los ojos de ella, pero lo disimuló rápidamente. "Oh, bueno, ¿trabajas para Buck? Necesito alquilar un barco."

La sonrisa de Carson se hizo más grande. Ella se lo estaba poniendo demasiado fácil. "Sí. Soy el... socio de Buck. Me llamo Carson. ¿Y tú eres?"

"Marisa". Vacilante, alargó la mano y tomó la suya, su mirada aún fija en la de él. El calor de su mano le atravesó todo su cuerpo y aterrizó en sus entrañas como una roca. Él retiró su mano del saludo hacia atrás rápidamente.

"¿Tienes experiencia conduciendo un barco, Marisa?"

Por primera vez desde que se encontró con él, miró hacia otro lado y agitó la cabeza. "No. Esperaba poder pagarle a alguien para que me lleve a donde tengo que ir."

"¿Y adónde tienes que ir?"

"Isla Mohalah".

Estaba impresionado con la firmeza de su voz. No mucha gente podía decir el nombre de la isla sin una cierta cantidad de miedo. No podía negar que ella lo intrigaba mucho. "Ahora, ¿por qué querías ir allí?"

"Tengo razones para creer que mi amiga está allí." Marisa buscó dentro de su bolsa y sacó una hoja de papel arrugado. "Angie. Fue vista por última vez con este hombre". Marisa señaló la foto en el papel. "Esa no es su verdadera foto, pero he confirmado que se llama Jonás, y que está en la Isla de Mohalah."

Carson resistió el impulso de gruñir. Maldito Jonás. ¡Qué tonto! Carson agitó la cabeza. "Como nativo de esta isla, puedo asegurarte de que no hay nada ni nadie en la isla de Mohalah. En realidad, vas a estar perdiendo el tiempo."

Marisa entrecerró los ojos y frunció el ceño. "Agradezco tu preocupación, pero no me iré hasta que haya estado en esa isla, hasta que haya visto con mis propios ojos que Angie no está allí." Cruzó los brazos sobre el pecho, negándose a retroceder.

Maldición, ella era testaruda. Carson se puso de pie, dudando completamente sobre qué es lo que iba a hacer. Nunca había dudado de nada antes, pero cuanto más tiempo se quedaba aquí con esta mujer, más se daba cuenta de que no quería matarla. Si pudiera convencerla de que se fuera, Max nunca notaría la diferencia.

Carson suspiró. No podía llevarla a la isla. Pero él sabía que, si no la hacía cambiar de opinión, ella iba a encontrar a alguien más para que la llevara a la isla. Pensó que podría hacerle creer que iba a llevarla a la isla, pero llevarla a otra que se encontrara cerca. Y hacer el viaje en barco para que ella viera que no había nada de lo que estaba buscando.

Marisa agarraba el barco con fuerza, aferrándose a la vida mientras el barco se mecía y se balanceaba con la fuerza de las olas. No entendía por qué el viaje era tan agitado cuando el agua parecía tan tranquila. Eso no tenía ningún sentido. Pero al menos se estaban acercando a la isla. Tal vez, en unas horas, finalmente encontraría a su amiga y podría volver a casa. Ella empezaba a extrañar su propia cama, y la rutina que tenía en su vida diaria.

"¡Agárrate fuerte!" gritó Carson.

Marisa no podía agarrarse más fuerte, pero eso no impidió que Carson golpeará la parte alta de la ola, causando que el agua se estrellara sobre el costado del barco, empapándola de la cabeza a la cintura. "¡Maldita sea!", maldijo en voz alta.

Carson se volteó y le sonrió por encima del hombro, sus oscuros ojos brillando de alegría. Ella quería saltar y estrangularlo de coraje, pero él era demasiado sexy para morir. Marisa frunció el ceño e intentó sacar el agua de su camisa. Trató ponerse de pie, pero el barco se balanceó y terminó cayendo hacia atrás.

"¿Crees que podrías detenerte por un maldito minuto?", le gritó ella. A pesar de que Marisa era muy bella, en ese momento se veía enfurecida.

Después de un momento, Carson hizo que el barco se detuviera. Apagó el motor y se volteó hacia ella. "Creo que hay algo de ropa extra allá abajo por si quieres ir a echar un vistazo."

Marisa frunció el ceño. Sólo podía imaginar qué tipo de ropa iba a ser. Probablemente overoles y botas para el agua o algo totalmente ridículo. ¿Pero qué otra opción tenía? No podía pasar el día con toda la ropa mojada, especialmente cuando no tenía ni idea de las condiciones que encontraría en la isla. Lo último que necesitaba era enfermarse en estos momentos.

"Está bien, muéstramelos", dijo ella a regañadientes.

Carson abrió una pequeña puerta en el costado de la cabina e hizo un gesto para que ella pasara primero. Marisa bajó cautelosamente los pocos escalones que había, manteniendo las

manos en ambos lados de la pared para no tropezar. Aunque no podía escuchar a Carson, podía sentir que estaba siguiéndola detrás de ella. Su presencia era imponente, pero ella no se sentía amenazada por él. De hecho, era justo lo contrario. Se sentía... segura. Todo sobre este viaje, sobre la búsqueda de su amiga había sido surrealista, pero conocer a Carson se llevaba el primer lugar.

Su brazo rozó los hombros de ella mientras él la rodeaba para encender un interruptor de luz. El roce rápido y suave hizo que Marisa sintiera mariposas en su estómago y su corazón se acelerara. ¿Qué era lo que tenía este hombre que la hizo sentir así? A ella no le interesaban los hombres ni las citas. Tenía asuntos más urgentes que tratar. Sin embargo, no pudo evitar la atracción que sentía por él.

"Por aquí", dijo, moviendo un brazo hacia el pequeño vestidor de tres cajones. Sacó una camiseta blanca y se la tiró.

Marisa lo cogió y frunció el ceño. ¿Una camiseta blanca? Eso era perfecto. Su sostén estaba empapado, así que también tenía que quitárselo, lo que haría que sus pechos se expusieran a él porque el blanco no ocultaba nada. Y ella dudaba seriamente de tener la suerte de encontrar un sostén de repuesto allí.

"No parece que ninguno de los pantalones te quede bien." Carson sacó un par de jeans lo suficientemente grandes para que ella cupiera cuatro veces en ellos. "Pero.... Esto podría funcionar." Levantó un par de pants con un cordón en la cintura.

Ella suspiró y se los quitó. No era lo ideal, pero al menos estaban secos. "Gracias."

Carson asintió.

La forma en que la miraba... Era erótica y ligeramente espeluznante. Su mirada era tan intensa y oscura. Intrigante. Quería conocerlo mejor, saber quién era, qué le gustaba. Y si ella estaba siendo completamente honesta consigo misma, quería saber cómo se sentía él de la manera más íntima. Ella quería sentir sus manos y sus labios tocándola, sentirlo dentro de ella. Los ojos

de Marisa se abrieron de par en par. ¿De dónde diablos estaban saliendo esos pensamientos? Ella agitó la cabeza, notando una pequeña sonrisa en su cara. "¿Puedo preguntarte algo?"

El volvió a asentir con la cabeza.

"Leí una leyenda en Internet que decía que la isla de Mohalah es el lugar en donde viven vampiros. ¿Sabes algo de eso?" Ella estudió su cara, buscando pistas de que podría haber algo de verdad en las leyendas, pero él permaneció estoico, sin regalar nada.

"¿Crees en ese tipo de cosas?", preguntó después de un momento.

Marisa se encogió de hombros. "Nunca había pensado en ello antes. ¿Lo sabes?"

"Sí, lo sé."

Ella dio un pequeño paso atrás, sorprendida por su admisión. Ella esperaba que él se riera, que la dejara plantada como una loca. Ella nunca esperó que él estuviera de acuerdo con ella. "Entonces... ¿hay algo de verdad en esas leyendas? ¿Hay vampiros en esa isla?"

"Si los hay, ¿eso te hará cambiar de opinión sobre ir?"

Marisa se rio. "No. De una forma u otra, necesito encontrar a Angie. Incluso si ella es..." Marisa tragó con fuerza, incapaz de decir las palabras. "Aunque no esté bien, necesito saberlo."

"Por si sirve de algo, creo que estás perdiendo el tiempo yendo a la isla. No la encontrarás allí". Carson cruzó los brazos sobre su pecho.

Ella lo miró con ira. ¿Cómo podía estar tan seguro de que no encontraría a Angie en la isla? Bueno, no importa, ella no iba a dejar que él la hiciera cambiar de opinión. "Gracias por tu preocupación. ¿Hay algún lugar en donde me pueda cambiar?"

Una lenta sonrisa se deslizó por su cara. "Puedes cambiarte aquí mismo. Prometo no mirar".

Marisa soltó una carcajada. "No lo creo. Puedes regresar arriba mientras me cambio". ¿Cómo es posible que hubieran pasado de un momento a otro, de hablar casualmente de vampiros

a coquetear?

"O podría ayudarte." Su sonrisa se hizo más grande y sus ojos se oscurecieron aún más.

Marisa se quedó sin aliento en la garganta y de repente se sintió muy mareada. Algo en la forma en la que él la miraba causó un revuelo en lo profundo de su vientre. No podía explicarlo, y eso la aterrorizaba. No quería sentirse así, y menos ahora, en medio de la búsqueda de su mejor amiga.

Carson se acercó a ella y tomó la orilla de su camisa. Su mirada estaba clavada en sus ojos, con una silenciosa súplica pasando entre ellos. Él quería permiso, y ella no quería negarle. Marisa se mojó los labios y se quedó callada. Lentamente, Carson se quitó la camisa mojada, luego le desenganchó el sostén y lo tiró al suelo con su camisa. Sus pezones estaban duros por la combinación de la ropa mojada, el aire fresco y su mirada caliente y hambrienta.

"¿De verdad vamos a hacer esto?", preguntó.

Marisa de repente se sintió muy tonta. Se cruzó de brazos sobre sus pechos. "¿No es esto lo que querías?" Ella sabía que no había malinterpretado sus señales. Carson se le acercó y le quitó la camisa y el sostén. Por el amor de Dios, eso sólo significaba una cosa.

Él sonrió y tiró de sus brazos, guiándolos hacia los costados de ella para que ella volviera a estar expuesta a él. "Mucho".

Esas tres palabras la excitaron tanto. Había pasado demasiado tiempo desde que había estado con un hombre, y no podía recordar la última vez que tuvo una aventura de una noche - diablos, ¿alguna vez tuvo una aventura de una noche? Ella no lo creía así. "Yo también quiero hacer esto", susurró ella, sintiéndose poderosa, descarada, descuidada. Además, cuando finalmente encontrara a Angie, Marisa podría contarle todo sobre la vez que tuvo sexo en un barco, en medio del océano con un hombre que acababa de conocer.

Carson no podía creer que Marisa iba a dejar que tuviera sexo con ella. Demonios, no podía creer que realmente lo iba a hacer. No es que no se sintiera atraído por ella o excitado, porque lo estaba y mucho, pero él había sido enviado ahí para matarla, no para cogérsela. Max le cortaría la cabeza a Carson si no hacía lo que se le ordenó. Pero había algo en Marisa, algo emocionante e intrigante. Y eso era algo difícil de encontrar para un vampiro que lo había visto y hecho todo.

No iba a estar aquí debatiendo los pros y los contras de estar con una mujer hermosa. Carson tomó su cara en sus manos y besó los labios de ella. En el momento en que sintió que sus bocas se sellaban entre sí, supo que había cometido un error. No iba a haber manera de que él pudiera ocultar quién era realmente. No estaba seguro si eso realmente le importaba. Si ellos tuvieran sexo y él se revelara a sí mismo, entonces al menos ella sabría la verdad, que él era un vampiro y ellos podrían enfrentar la situación en ese momento. Sin embargo, mostrarle sus colmillos mientras hacían el amor probablemente no era la mejor manera de hacerlo.

Ella gimió en su boca, y su cerebro sintió que iba a explotar. Carson normalmente tenía sexo con otros vampiros, lo que era genial porque era desinhibido y duro, pero había algo muy dulce en tener a un humano a su merced. Carson la tomó en sus brazos sin esfuerzo y la llevó hasta la desvencijada cama de la esquina. La recostó y acostó su cuerpo sobre el de ella.

Marisa puso sus manos en la parte posterior de su cabeza, sus dedos explorando su pelo, y ella lo abrazó fuertemente, presionando sus cuerpos juntos. Definitivamente no había vuelta atrás ahora. Carson podía sentir cómo se le estaba poniendo duro el pene y quería que no fuera así, pero no lo podía controlar. "Carson", le gimió Marisa. "Por favor... te deseo."

Escuchar su suave súplica fue como un hierro candente para su corazón. No había forma de que la rechazara. No podía aunque lo hubiera querido, aunque sabía que no tener sexo con ella era lo correcto. Marisa abrió las piernas, y sus delgados pantalones cortos de algodón no hicieron nada para enmascarar el calor húmedo que irradiaba su sexo. Él podía sentir su humedad a través de sus pantalones, y lo llevó al borde del éxtasis animalista salvaje. Cálmate Carson, se dijo a sí

mismo, ella es una humana y no una mujer vampiro. Llevó su mano hasta la rodilla de ella y arrastró sus dedos a lo largo de sus muslos y alrededor de su trasero, agarrándola firmemente y tirando de ella hacia él para que su pierna estuviera doblada, con el pie descansando cerca de su cintura.

Quería arrancarle la ropa del cuerpo y meterle su pene hasta el fondo, haciéndola suya de una manera que no había hecho a otra mujer en mucho tiempo. Pero se obligó a ir más despacio, a disfrutar de esto, a saborear cada segundo de su tiempo juntos. Dependiendo de cómo fueran las cosas, esta podría ser la última vez que lo haría. "¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?" No tenía ni idea de por qué seguía preguntándole. Tal vez esperaba que ella cambiara de opinión para no tener que ser el que hiciera mal.

"Sí", dijo Marisa con una leve sonrisa.

"Yo también". Reclamó sus labios de nuevo en un lento y largo beso que la hizo jadear y girar sus caderas debajo de él, poniendo su sexo en su erección mientras sus uñas rozaban a lo largo de su nuca. "Mi dulce Marisa." Se arrodilló entre sus piernas y le quitó los pantalones. Ella era exquisita. Sus pechos desnudos y expuestos a él estaban perfectamente formados. Sus pezones estaban duros, y él no pudo resistirse a inclinarse hacia adelante y llevárselos a la boca. Ella gimió y se arqueó hacia él mientras él metía su pezón en la boca, tirando de él con los dientes antes de rodearlo con su lengua.

"Dios que bien se siente." Su voz era un susurro sin aliento, pero para él, era como si ella hubiera gritado su aprobación. Le volvía loco saber que a ella le gustaba su roce y quería más.

Se quitó la camisa y observó cómo las manos temblorosas de Marisa corrían por su torso, deteniéndose sólo una vez que llegaban a sus pantalones. Ella metió la mano en su interior, y su cálida mano acarició su pene mientras lo sacaba de sus pantalones. Ella empezó a masturbarlo con su mano y lo miró bajo sus oscuras pestañas, su labio inferior estaba metido entre sus dientes y una sonrisa en sus ojos. No tenía idea de lo que ella estaba pensando, pero basándose en la forma en que su ritmo cardíaco se triplicó y un pico de adrenalina se disparó a través de su

cuerpo, él sólo podía adivinar que ella estaba contenta con lo que él tenía para ofrecerle. Ella le dio a su pene un apretón suave y trabajó su mano arriba y abajo a lo largo de él, provocándole un gemido profundo y gutural.

Carson se apartó de sus manos y terminó de quitarse los pantalones, tirándolos al suelo. Volvió a encontrar sus labios y la besó con una dominación hambrienta, empujándola de vuelta a la cama. Sus manos vagaban sobre todo su cuerpo, memorizando cada centímetro de su piel suave. "Eres tan hermosa", murmuró.

Enroscó sus dedos en la cintura de sus bragas y lentamente las bajó. Su mirada aterrizó en sus labios bien recortados, sus pliegues brillando con humedad. El olor de su excitación fue un shock para su sistema. Le afectó de una manera que no esperaba. Su reacción fue instantánea e intensa. Y totalmente aterradora.

Marisa era suya.

Ella le pertenecía y mientras él caminara por la tierra, ningún otro hombre, humano o no, la vería así. Carson sonrió en un intento de calmar su reacción y besó el cuerpo de Marisa, empezando por su pierna, recorriendo hacia su estómago y hacia abajo hasta que llegó a sus labios vaginales. Su lengua lamió el clítoris.

Ella gritó y se sacudió debajo de él. "¡Oh, Dios!"

"Mmm", dijo mientras seguía probando cada centímetro de ella. "Mierda, sabes tan bien, Marisa." Él le abrió los labios con los dedos, lamiendo y besando un lado de los pliegues de ella y después el otro. Era increíblemente dulce. El sabor de ella era como un afrodisíaco para sus sentidos, y no podía saciarse lo suficiente.

Marisa puso sus dedos en su pelo. Sus caderas se alzaron, encontrando cada empuje de su lengua en su vagina con desesperación. Su respiración era rápida y desordenada. "Carson", gimió ella, "por favor, oh, Dios".

"¿Por favor qué?" El sonido de su voz seductora, cargada de deseo, golpeó su necesidad

de reclamarla, de dominarla, a un nivel inmanejable. Le metió un dedo en ella y su boca cerrándose alrededor de su clítoris, chupándolo, haciéndola gritar. Carson calmó su dedo y pasó su lengua por encima de su hinchado clítoris.

Ella gimió en voz alta. "Hazme terminar. Por favor", suplicó.

Él sonrió. No se necesitaría mucho más para hacerla venir. Estaba tambaleándose en el borde. Un empujón de su dedo o un beso a su clítoris y ella se venía. El cuerpo de él dolía con la necesidad de probarla, de experimentar esa parte de ella, pero su control se estaba desvaneciendo rápidamente. Estaba tan duro, tan excitado por ella, pero oh, cómo quería seguir complaciéndola. Inhaló su embriagador aroma y luego chipó el clítoris con su boca, su dedo seguía acariciando sus delicadas paredes internas.

"¡Sí, oh, Dios, sí!" Ella se agachó debajo de él y gritó su nombre mientras llegaba al orgasmo.

Carson disfrutó de las contracciones y humedad de su sexo hasta que no pudo soportarlo más. Su necesidad de ella era demasiado grande. "Marisa", susurró mientras acercaba su cuerpo al de ella. Carson miró hacia abajo a sus ojos y le quitó el pelo de la cara. "Eres impresionante." Le dijo. Y entonces él entró en ella, su pene deslizándose dentro de ella con facilidad. "Oh dios", gimió. Ella estaba tan buena y tan caliente que Carson juró que iba a empezar a incendiarse y quemarse viva.

Los dedos de Marisa se doblaron contra la dura carne de sus bíceps y un estrangulado sonido de placer le arrancó de sus labios. Él empezó lento al principio con empujes perfectamente controlados y luego más rápido, chocando con ella con un abandono temerario. La sensación del sonido del golpeo de su piel contra la de ella se sumaba al erotismo del momento, y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar. Perdió el control en el momento en que ella le susurró. Sus cuerpos se movían en perfecta armonía entre sí, y él sabía sin duda alguna que Marisa era su alma gemela. Ambos se conectaban a un nivel mucho más profundo que el cuerpo físico que compartían. Lo sintió. Y él sabía que ella también lo sentía.

Entonces, ¿cómo demonios se supone que iba a matarla?

Carson empezó a recorrer su piel dándole besos en la mandíbula, después en el cuello y se detuvo en su garganta. La combinación de estar dentro de ella, el olor de su sangre pulsando a través de sus venas, la sensación de su rápido pulso de fuego latiendo contra su lengua hizo que le dolieran las encías de esa manera tan familiar. Cerró los ojos y esperó que el impulso pasara. No la morderé. No la morderé. No lo haré, pensaba... Ella gimió, sacudiéndolo de su concentración. Él presionó su boca con fuerza contra la garganta de ella. Sus colmillos sobresalían, listos para hundirse en su tierna piel. Sería muy fácil. Podría beber de ella ahora mismo. Matarla como se lo había ordenado Max, para asegurarse de que su especie estuviera a salvo. O también podría convertirla. Convertirla en lo que era él para que pudieran estar juntos para siempre. Con un gruñido, el hizo rodar a Marisa para que ella estuviera encima de él.

Soltó un grito de sorpresa y luego se rio. "Si hubieras querido arriba de ti, todo lo que tenías que hacer era pedírmelo." Marisa se bajó y empezó a llenarlo de besos en su pecho.

"Mierda, eso se siente tan bien." Pensó Carson. Él agarró sus caderas y guio sus movimientos en su pene. Se sentó erguida, sus manos recorrieron su cuerpo y se acarició los pechos. Dios, era tan sexy. Las sensaciones se turnaban al extremo y estaba a punto de tener un orgasmo y terminar.

"Sí, muy bien." Ella rotó sus caderas sobre él, llevándolo a que estuviera completamente dentro de ella.

"oh, Dios.", gimió. Él comenzó a penetrarla, fuerte y rápido, encontrando cada golpe hacia abajo de su vagina con una poderosa oleada de placer. Los sonidos de la piel golpeando contra la piel llenaron la cabina. Carson se sentó derecho y la abrazó. Su vagina se contrajo con fuerza como si estuviera desesperada por abrazarlo dentro de ella, y ambos se perdieron en una sensación de pleno placer. Un gemido con su nombre salió de sus labios, y él no pudo hacer nada más que aferrarse a ella mientras el mundo exterior se derretía a su alrededor. En sus doscientos años de existencia nunca había experimentado algo así.

Marisa luchó para recuperar el aliento. Ella sabía que no estaba en la mejor forma física, pero ¡demonios! Ella no pensó que se sentiría tan agotada después de tener sexo. Por supuesto, ella también estaba saciada y feliz. Carson no sólo era sexy, ¡era fantástico en la cama!

Estiró los brazos y le cubrió el estómago, contenta de quedarse donde estaba por unos instantes más. Ella realmente debería estar vistiéndose y exigiendo que la lleve a la isla como prometió, pero ella quería ser egoísta por un poco más de tiempo.

Carson la rodeó con su brazo y la acercó un poco más, besándole la parte superior de la cabeza. "No puedo llevarte a la isla, Marisa."

"¿Qué?" Se sentó abruptamente, deseando tener una manta o camisa para cubrirse. "¿Por qué no? Dijiste que me llevarías. Pagué y alquilé este barco solamente para eso."

Carson suspiró, y llevó una mano a través de su desordenado pelo. "Lo sé, y créeme que lo siento. Pero tienes que confiar en mí. No puedo llevarte a la isla".

"¿Confiar en tí? ¡Pero si apenas te conozco!" Se levantó de la cama y fue a buscar la ropa seca que le había encontrado.

El comentó detrás de ella. "No tuviste ningún problema en desnudarte y dejar que te cogiera, pero no puedes confiar en mí cuando te digo que no vayas a la Isla de Mohalah".

Eso fue un golpe bajo, pero tenía razón. Ella había confiado en él lo suficiente como para tener intimidad con él. Lo menos que podía hacer era oírlo hablar de la isla. "Está bien". Cruzó los brazos sobre el pecho. "Entonces dime por qué no puedo ir a la isla."

"Porque si lo haces, morirás. Y tendré que ser yo quien te mate".

El miedo la apuñaló y dio varios pasos hacia atrás. Hasta ahora, ella no tenía ninguna

preocupación por Carson, ni miedo de él ni preocupaciones de que pudiera hacerle daño. Pero ahora, con la forma en que la miraba, ella estaba aterrorizada. "¿Qu-qué? Quiero decir, ¿por qué? ¿Eso es lo que le pasó a Maggie? ¿Ella fue allí y la mataste?" Los ojos de Marisa se abrieron de par en par. ¿Era posible que se hubiera acostado con el asesino de su mejor amiga?

"Las leyendas... Son ciertas. Todas ellas." Carson se puso de pie, y no pudo evitar que sus ojos miraran su cuerpo desnudo, apreciando sus curvas y las líneas de sus músculos. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo pálido que estaba y lo bien que se había sentido su cuerpo.

Se puso la mano sobre la boca y exclamó agitando la cabeza. "No. ¿Me estás diciendo que hay vampiros en esa isla?"

"Sí." Agarró su camisa del suelo y se la puso. Luego se volvió a poner los jeans.

"Y..." Tragó con fuerza, tanto por miedo como por incertidumbre. Ella nunca pensó que tendría que hacer esta pregunta, "¿Eres uno de ellos?" Su voz era apenas se alcanzó a escuchar.

"Sí", dijo él en voz baja. "Vístete".

Ella se quedó quieta, mirándolo fijamente. "¿Eres un vampiro?" Las palabras sonaban tan ridículas y extrañas cuando las pronunciaba.

"¿Quieres que te lo pruebe?" Comentó con una voz burlona y una media sonrisa arrogante en su cara.

El ritmo cardiaco de Marisa se disparó. Una parte de ella quería que lo demostrara, pero otra parte de ella, quizás más grande, tenía miedo de lo que él le haría si ella decía que sí. "No lo sé", dijo lentamente, "¿me vas a morder?"

"No lo sé." Dijo encogiéndose de hombros. "¿Quieres que lo haga?"

"¡No!", dijo ella antes de poder detenerse. "Quiero decir...todo esto es una locura. Los vampiros no existen, Carson, y si estás tratando de asustarme para que me aleje de esa isla y puedas ocultar el hecho de que mataste a mi amiga, está funcionando. Pero si crees que voy a rendirme, tú..." Interrumpió lo que estaba diciendo súbitamente.

Delante de sus ojos, la cara de Carson pasó de estar sonriendo a horripilante. Su frente se arrugó, los colmillos sobresalieron de su boca, e hizo un sonido sibilante. Marisa gritó y saltó hacia atrás, con los ojos muy abiertos. Esto no era posible. No había forma de que ella estuviera viendo esto. Tuvo que ser una alucinación provocada por el estrés o la falta de sueño, o tal vez sólo fue una buena pesadilla. Ella apretó fuertemente sus ojos, rezando para que cuando los reabriera, este monstruo frente a ella hubiera desaparecido.

Y eso fue lo que sucedió. En su lugar estaba Carson, el hombre sexy e irresistible con el que acababa de tener sexo. "Lo siento", dijo él, metiendo las manos en los bolsillos. "No quería asustarte, pero necesito que lo entiendas."

"¿Entender qué?" Su voz tembló. "¿Que eres un monstruo?"

"Sí, supongo que sí". Él apartó la mirada, y ella se sintió mal por llamarlo monstruo. No fue muy agradable, y él no hizo nada para dañarla.

"Por favor, dime qué demonios está pasando porque no tengo ni idea".

Asintió con la cabeza. "Te lo contaré todo, pero primero tienes que vestirme porque si no lo haces, voy a cogerte de nuevo, y no seré tan gentil esta vez." Él se le acercó y ella no se movió. Entonces él se inclinó, juntó su boca contra la de ella, y ella no podía dejar de ceder ante su beso. Era como si su cuerpo estuviera trabajando por su propia voluntad, como si tuviera una mente propia.

"Carson", se quejó. Saltar de nuevo a la cama con él la excitaba muchísimo, pero ella necesitaba respuestas primero.

Él hizo un gruñido mientras se bajaba el cierre de sus jeans y liberaba su pene. "Me enviaron para matarte, Marisa." Él la recostó en su espalda, de tal manera de que ella quedó atrapada entre él y la pared. "Pero todo lo que puedo hacer es tocarte", le agarró la pierna y se la levantó hasta la cintura antes de hundir su pene dentro de ella, "todo lo que puedo hacer es estar dentro de ti y no me puedo controlar".

Marisa gritó y se abrazó sobre él, su cuerpo parecía como un esclavo de su tacto. Carson se paró de pie y levantó la otra pierna de Marisa, de tal modo que ambas piernas estaban envueltas alrededor de su cintura. Y luego la penetró sin piedad, arrastrándola hasta el límite, sin remordimientos, empujándola sobre el borde de la cama sin detenerse ni una sola vez para dejarla bajar de la nube de intenso placer que sentía o darle la oportunidad de recuperar el aliento.

"No quiero matarte, Marisa", dijo, su voz ronca. "Por favor, no me pongas en esa posición." Un segundo después, ella sintió su liberación, sintió el temblor de su cuerpo, el silbido de su aliento contra su cuello mientras él se calmaba. Ambos se tomaron un momento para recuperarse del orgasmo intenso que acababan de tener. Él besó su cuello, y ella se puso tensa, preguntándose si la iba a morder.

"Necesito encontrar a Angie", dijo débilmente.

"Ella está allí. Está en la isla, con Jonás."

El corazón de Marisa palpitaba tan fuerte y rápido que temía que pudiera tener un ataque al corazón en sus brazos. "¿Está bien?" Finalmente, después de todos estos meses de búsqueda, encontró a su amiga. Angie estaba tan cerca.

"Jonás la convirtió".

"¿En un vampiro?"

"Sí." Carson se alejó lo suficiente para mirarla a los ojos. "Y parece estar feliz."

Angie, ¿feliz como un vampiro? Marisa no podía imaginárselo. "Necesito verla, hablar con ella."

"No puedo dejarte hacer eso. Si pones un pie en esa isla como una humana, es como si estuvieras muerta. Y me niego a dejar que eso suceda." Había tanta posesividad en su voz, que la aturdió.

"¿Y si pongo un pie en la isla como vampiro?" No podía creer que acababa de hacer esa pregunta. Ella no sabía nada acerca de convertirse en vampiro o vivir como tal - aparte de que

tendría que beber sangre para poder sobrevivir. Tan solo esa idea fue suficiente para hacer que su estómago se estremeciera.

"¿Es eso lo que quieres? ¿Qué te convierta para que puedas ser como yo?"

"No lo sé."

Finalmente la soltó y sus pies golpearon el suelo con fuerza, como una sacudida de vuelta a la realidad. Acababa de tener sexo con un vampiro. Dos veces. Pero él no la había mordido, ni siquiera había intentado hacerlo.

"¿Por qué no me has mordido?", preguntó ella, insegura de si quería la respuesta o no.

Carson se rio y agitó la cabeza con incredulidad. "Créeme, quiero hacerlo. Más de lo que crees, pero desde el momento en que te vi, supe que eras diferente. Sentí que eras especial". Sonrió y trazó los labios de ella con su dedo pulgar. "Quiero estar contigo, Marisa, pero no tomaré esa decisión por ti."

"Wow", exhaló. ¿Quién iba a saber que era un caballero? Sus palabras se revolvieron en su mente, confundiéndola más de lo que ya estaba. A ella le gustaba Carson mucho más de lo que debería, pero ¿no había estado buscando a alguien con quien compartir su vida?

"Mi amo, Max, sabe que has estado haciendo preguntas sobre nosotros, la isla, Angie.... Le preocupa que le causes problemas, que nos descubras y nos delates". Así que me envió a mí para matarte".

"¿Y por qué no lo hiciste?" Había tenido tantas oportunidades de matarla, pero no había mostrado ningún signo de que fuera a hacerle daño.

"Te lo dije.... Eres diferente, Marisa. Te quiero a ti, pero no de la forma en que normalmente quiero a los humanos". Él sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. Poniendo su dedo debajo de la barbilla, inclinó su cabeza hacia atrás para que ella lo mirara. "Si quieres que te convierta, lo haré. Pero si eso no es lo que quieres, entonces tienes que irte de aquí en estos momentos. Tienes que irte, no volver nunca y no hablar de esto con nadie. Es la única forma en

que puedo garantizar tu seguridad".

El corazón de Marisa sufrió al escuchar sus palabras. Si ella hacía lo que él decía, eso significaba que nunca lo volvería a ver, nunca lo besaría de nuevo, ni sentiría su cuerpo y su abrazo. Tampoco volvería a ver a Angie. Marisa se alejó de él y fue a sentarse en la cama. ¿Cómo es que se pudo haber metido en esta situación? No era justo. ¿Cómo podía elegir entre la única vida que conocía y una vida que desconocía pero que sonaba emocionante? Pensándolo bien, no le gustaba mucho su trabajo, y la única familia que tenía era un primo lejano con el que prácticamente no hablaba. Pero en esa isla.... Estaba su mejor amiga, un futuro con Carson y una eternidad de posibilidades.

"Si te ayuda, te olvidarás de mí eventualmente. Los humanos no tienen la capacidad de retener recuerdos de mi especie por mucho tiempo".

Ella lo miró, entristecida por su confesión. "No quiero olvidarme de ti", susurró ella. Era una locura lo apegada que ya se sentía a él, y no entendía cómo es que no podía pensar en irse de inmediato y no volver a mirar atrás.

Sonrió con tristeza. "Nunca te olvidaré."

Ella creía eso, pero también sabía que él seguiría adelante, encontraría a alguien más. No soportaba la idea de que estuviera con otra mujer, humana o no. Él le pertenecía a ella tanto como ella a él. Marisa le extendió la mano, que él tomó, acariciando sus nudillos con el pulgar. El contacto la hizo temblar, lo que consolidó la decisión de la que había estado tratando de convencerse a sí misma.

"Muérdeme".

"¿Qué?" Sacudió la mano.

Marisa se puso de pie, puso sus manos sobre su pecho. "Te deseo, Carson. Quiero la vida que puedas darme. No quiero irme y olvidarte. Así que", inclinó la cabeza, exponiendo su cuello a él, "muérdeme". Quiero estar contigo. Hazme tuya."

Marisa escuchó el leve gruñido un momento antes de sentir la insoportable picadura de sus dientes clavándose en su piel. Le dolió, pero por primera vez en meses, Marisa estaba en paz. Todo estaría bien. Era una verdad que podía sentir desde lo más profundo en su alma.

FIN